



Vol. 7, No. 3, Spring 2010, 427-436

www.ncsu.edu/project/acontracorriente

Review/Reseña

Kimberly Eison Simmons, *Reconstructing Racial Identity and the African Past in the Dominican Republic*. Gainesville: University Press of Florida, 2009.

¿Cambio identitario en República Dominicana o ‘Wishful Thinking’?

Pedro L. San Miguel

Universidad de Puerto Rico—Recinto de Río Piedras

Pocas cosas desearía tanto como coincidir con las ideas expuestas por Kimberly Eison Simmons en su libro *Reconstructing Racial Identity and the African Past in the Dominican Republic*. Sin duda, mucho me alegraría de que hubiera ocurrido ese “cambio sísmico” al cual, metafóricamente hablando, alude uno de los comentarios (*blurbs*) que aparecen en la contraportada del libro, refiriéndose a las transformaciones de las percep-

ciones étnico-raciales que supuestamente habrían acaecido en República Dominicana en los tiempos recientes. Satisfecho me sentiría si, en efecto, los habitantes de ese país caribeño, a contracorriente de poderosas fuerzas históricas que han militado en contra de ello, hubiesen descartado sus tradicionales concepciones raciales y hubieran adoptado otras formas de concebirse y representarse, así como de percibir a los Otros, sobre todo a los haitianos, que en República Dominicana constituyen los Otros por antonomasia. De haberse producido tal metamorfosis, la misma constituiría un desplazamiento tectónico no de proporciones insulares sino de dimensiones verdaderamente cósmicas.

El punto de partida de Simmons es que, durante las últimas décadas, ha ocurrido una mutación radical en la forma en que los dominicanos perciben y construyen sus identidades étnico-raciales. Tradicionalmente, arguye la autora, dichas concepciones han estado basadas en la negación de las herencias negra y africana en la formación de la identidad racial, étnica y nacional. Esto ha sido así pese a que en República Dominicana existen amplios sectores poblacionales negros y mulatos. De hecho, en conjunto, estos grupos constituyen la inmensa mayoría de los habitantes del país. No obstante, diversos factores han conspirado para que en República Dominicana la construcción de las identidades haya propendido a soslayar su legado negro-africano. En su lugar, emergió una nomenclatura racial que, con el fin de eludir las referencias a dicha herencia, emplea el término “indio”, en diversas gradaciones—por ejemplo: indio claro o indio oscuro—, para denominar a esos sectores que en otros lugares de América se definen usando términos como mulato o nociones afines.

En *Reconstructing Racial Identity* se alega que este peculiar sistema de denominación racial es producto sobre todo de una imposición del Estado, especialmente durante la larga tiranía de Rafael L. Trujillo (1930-1961), quien rigió los destinos del país con mano de hierro. Uno de los pilares ideológicos del trujillato fue la reivindicación del pasado hispánico—lo que incluía la lengua, la religión y la blancura de la piel—y la denostación del legado africano, concebido como el elemento constitutivo de la identidad haitiana. Así se construyó una mitología identitaria según la cual República Dominicana y Haití representaban entidades nacionales totalmente

contrapuestas. Durante el trujillato, tal imaginario fue difundido por los medios de comunicación, los organismos del Estado—incluyendo el sistema educativo, los censos, etcétera—y, por supuesto, por los intelectuales orgánicos del régimen, entre los cuales se destacaron Manuel A. Peña Batlle y Joaquín Balaguer.¹ Así que, según la interpretación de Simmons, recae sobre el Estado la responsabilidad por la existencia de ese peculiar y retorcido sistema identitario que prevalece en República Dominicana. La sociedad queda indemne de esa culpa: ella aparece meramente como la repositoria de las depravaciones de Leviatán, en especial del Estado trujillista, monstruo que habría pervertido a la sociedad.

Y aquí se inician mis reparos a las propuestas efectuadas por la autora de *Reconstructing Racial Identity*. Sin negar el papel del régimen trujillista en institucionalizar dicho sistema identitario, lo cierto es que la evidencia histórica indica que al menos desde el siglo XVIII ciertos sectores de la sociedad dominicana reivindicaban lo “indio” como parte de su identidad étnico-racial. Tal fue el caso de Antonio Sánchez Valverde, quien en su *Idea del valor de la Isla Española* (1785), obra fundacional del criollismo dominicano, recurre a la identidad “india” como parte de su defensa de los criollos. Posteriormente, en el siglo XIX, se fue generalizando entre ciertos sectores letrados—y no hay que descartar que entre grupos más amplios—la noción de que la identidad dominicana debía poco a la herencia africana; lo que de ella había en el país se achacaba a la influencia haitiana, sobre todo durante el periodo de 1822-1844, cuando Haití ocupó la parte oriental de La Española. Así, hasta una figura tan preclara como Pedro Francisco Bonó, un demócrata de ideas sociales de avanzada, esgrimía la idea del “mestizaje” como criterio fundamental de la identidad dominicana, lo que subrepticamente marcaba una diferencia con la identidad haitiana, basada en la africanía y la negritud. Pero si tales ejemplos históricos no bastaran, sería suficiente con ojear la prensa dominicana contemporánea que aparece en la Internet para constatar las opiniones emitidas por los lectores en tor-

¹ Andrés L. Mateo, *Mito y cultura en la Era de Trujillo*, 2ª ed. (Santo Domingo: Editora Manatí, 2004); Pedro L. San Miguel, *La isla imaginada: Historia, identidad y utopía en La Española*, 2ª ed. (San Juan y Santo Domingo: Editorial Isla Negra y Ediciones Manatí, 2008); y “An Island in the Mirror: The Dominican Republic and Haiti”, en: Francisco A. Scarano y Stephan Palmié (eds.), *The Caribbean: An Illustrated History* (Chicago: University of Chicago Press), en prensa.

no a las identidades racial y nacional. Esas opiniones, de forma velada o de manera abierta, revelan ese anhelo por negar o por distanciarse de lo negro como criterio identitario. En fin, si bien se puede aceptar que el Estado ha tenido un papel protagónico en inculcar las concepciones acerca de la identidad prevalecientes en República Dominicana, resulta debatible la afirmación de que la sociedad ha tenido un papel pasivo en ello, actuando como mera receptora de los dictámenes del Poder.

Debatible también resulta el planteamiento de Simmons acerca del origen del supuesto cambio en las concepciones étnico-raciales en República Dominicana. Según la autora, dicha transformación habría ocurrido como resultado de la emigración de los dominicanos a Estados Unidos y a su confrontación en esta nación con un sistema de clasificación racial distinto al existente en el país caribeño. Como es sabido, en Estados Unidos prevalece un sistema de clasificación racial—al menos en lo que respecta al legado afroamericano—basado en una dicotomía categórica: se es blanco o negro, sin tonalidades intermedias. Esta “norma somática”—para retomar el concepto propuesto por H. Hoetink hace décadas²—está en contradicción con las formas de clasificación racial prevalecientes en otros países de las Américas. En consecuencia, personas que en República Dominicana son conceptuadas como “indias”—oscuras, claras o de la tonalidad que sea—en Estados Unidos son clasificadas sencillamente como negras—o como africano-americanas, que es el término al uso actualmente—. Por lo tanto, arguye la autora, esa confrontación entre modalidades de clasificación racial tan distintas ha conllevado que muchos dominicanos cuestionen el sistema imperante en su país y que hayan adoptado una nueva identidad como negros o mulatos. Sobre el particular cabe decir que, en efecto, es común que muchos caribeños, latinos o hispanos sufran una especie de *shock* cultural al enfrentar las clasificaciones raciales en Estados Unidos, que no coinciden con las empleadas en los países de América Latina y el Caribe. Pero esto es una cosa y otra muy distinta es argumentar, como hace Simmons, que tal choque haya generado una transformación radical en los sistemas de clasi-

² H. Hoetink, *Caribbean Race Relations: A Study of Two Variants*, trad. de Eva M. Hooykaas (London y New York: Published for the Institute of Race Relations by Oxford University Press, 1971).

ficación racial en República Dominicana. Al menos su evidencia no demuestra esto de forma convincente.

Parte del problema de este libro radica, precisamente, en el enorme abismo existente entre sus tesis principales—que son arriesgadas y holísticas—y las pruebas ofrecidas; tal abismo remite a unas metodologías inciertas, incapaces de sustentar lo que se pretende demostrar. Por ejemplo, en una sección del libro se refieren unas reuniones celebradas con unos “grupos focales” compuestos por personas que habían vivido en Estados Unidos, quienes discutieron con la autora sus experiencias en ese país en torno a la cuestión racial. Sin embargo, más allá de exponer las opiniones de algunos de los participantes en dichas reuniones, no queda claro qué se pretendía explorar en las mismas. Tampoco se ofrecen indicios sobre cuán representativas o, por el contrario, cuán excepcionales fueron las experiencias narradas. De hecho, a juzgar por las fotos que acompañan esa sección del libro (63), se trató en su mayoría de personas de clase media y, lo que resulta más llamativo, entre ellas no hay nadie que pueda ser clasificado como negro y posiblemente ni siquiera como mulato!

Igualmente problemático resulta el capítulo en que la autora refiere su trabajo de campo en la Junta Central Electoral (JCE) de la ciudad de Santiago de los Caballeros, que es la segunda ciudad del país (cuyos habitantes, por cierto, se precian de su blancura). Con su presencia en la JCE, la autora pretendía constatar cómo el Estado, mediante el proceso de cedulaación de los electores, contribuía a definir las identidades raciales y a fijar las clasificaciones acerca del color de las personas. Esta indagación—que en este libro constituye lo que más se aproxima a la aplicación de una metodología de investigación determinada—resulta especialmente interesante, pero no muy favorable a las hipótesis de la autora. Amén de corroborar lo arbitrario que puede resultar la adjudicación de las identidades raciales, lo más llamativo de la presentación que efectúa Simmons es que los empleados de la JCE seguían recurriendo a las clasificaciones tradicionales, basadas en el empleo de términos como “indio claro” o “indio oscuro” para definir a las personas mestizas—es decir: las ubicadas entre “blanco” y “negro”—. Evidentemente, esta práctica contradice la tesis central de la autora acerca de la sustitución de la “norma somática” y del sistema de clasifica-

ción racial en República Dominicana. Resulta indicativo que el único funcionario de la JCE en recurrir sistemáticamente a un sistema alternativo de clasificación fuese la empleada que Simmons seleccionó como objeto de observación, y a quien comunicó previamente su propósito y con quien discutió el tema de las clasificaciones raciales. Obviamente, la funcionaria—la “nativa” observada por la antropóloga—actuó de acuerdo a las expectativas del observador, como cuando los “nativos” se disfrazan con sus “trajes típicos” para ejecutar sus danzas “tradicionales” ante los extranjeros—que pueden ser antropólogos o turistas—para luego, cumplida su pantomima, vestirse de playeras con imágenes de artistas gringos, jeans y tenis Adidas, Reebok o de alguna otra marca de moda. Pero la autora ni siquiera se plantea la posibilidad de que su mera presencia pudiese afectar las actuaciones de los funcionarios de la JCE, lo que debilita enormemente su argumentación. Es más, mientras leía el libro sentía que aquella evidencia que podía contradecir sus posiciones eran obviadas o no se discutían con la rigurosidad y la amplitud debidas. Considero, por ejemplo, que, en vista de las hipótesis de la autora, hubiera sido muy conveniente una discusión sistemática de las elecciones de 1996, cuando se desató una repugnante campaña racista en contra de uno de los candidatos a la presidencia de República Dominicana, José Francisco Peña Gómez, debido a que era negro y de ascendencia haitiana.³ Pero asuntos como éste, que resultan incómodos a los argumentos del libro, están virtualmente ausentes o son tratados de manera casual y superficial. (Por cierto, yo estaba en República Dominicana durante la campaña electoral, así que, por lo que valga, puedo dar fe de la vileza que ella alcanzó.)

Hay otros aspectos de la investigación que son igualmente cuestionables, como las interpretaciones que ofrece la autora acerca de las cifras de los censos dominicanos en torno al color de la población. En concreto, la autora señala que entre 1935 y 1950 las cifras de los censos indican un blanqueamiento de la población dominicana, fenómeno que Simmons achaca a una supuesta inmigración al país. Ciertamente, entre un año y otro llegaron a República Dominicana varios grupos de inmigrantes, entre ellos

³ Ernesto Sagás, *Race and Politics in the Dominican Republic* (Gainesville: University Press of Florida, 2000), 105-116.

españoles refugiados de la Guerra Civil y judíos que huían del nazismo. Sin embargo, llegaron en cantidades insuficientes para explicar las transformaciones en la composición racial en tan solo quince años, por lo que estuvieron muy lejos de constituir oleadas migratorias, como sugiere la autora. De hecho, las disparidades que reflejan los censos se explican no por la inmigración sino por la manipulación. En efecto, las cifras acerca del color de los habitantes de República Dominicana fueron burdamente manipuladas en el censo de 1950 para crear la impresión de que el país era más blanco de lo que efectivamente era.

Y ya que la autora recurre con harta frecuencia a anécdotas y experiencias personales—a veces parece que esto constituye el aspecto fundamental de su “metodología”—, quizás no resulte impertinente que yo también narre una peripecia. En 1984-1985, mientras realizaba la investigación para mi tesis doctoral, estuve trabajando con los censos de población de República Dominicana y, precisamente, me llamó la atención el drástico cambio entre 1935 y 1950 en el número de blancos y, por el contrario, la reducción de negros y mulatos. En la provincia de Santiago, por ejemplo, había, según el censo de 1935, un 23.7% de blancos, un 69.4% de mestizos y un 6.8% de negros. Para 1950, las cifras correspondientes fueron de 49.6% de blancos, 46.8 de mestizos y 3.6% de negros.⁴ Al comentarle a un colega dominicano mi pasmo ante tal aumento en el número de blancos, éste confirmó lo que yo sospechaba: que ello se debió a la manipulación que se hizo en ese censo con la intención expresa de incrementar artificialmente las cifras de los grupos más blancos. Esto se hizo incluso impartiendo directrices a los censistas para que, dentro del espectro de colores posibles, clasificaran a las personas en los registros más claros. Así que la inmigración a República Dominicana, tal como intuía, poco tuvo que ver con la supuesta modificación del espectro racial en esos años. Esto fue otro de los simulacros del poder durante la dictadura trujillista; simulacro que estaba muy a tono, por cierto, con la ideología oficial del régimen.

⁴ Pedro L. San Miguel, *Los campesinos del Cibao: Economía de mercado y transformación agraria en la República Dominicana, 1880-1960* (San Juan: Editorial de la Universidad de Puerto Rico y Decanato de Estudios Graduados e Investigación-UPR, 1997), 80.

Arribo a mi último—por el lugar que ocupa en mi comentario, no por su importancia intrínseca, que es mayúscula—reparo mayor al trabajo de Simmons. En República Dominicana, la cuestión étnico-racial está inextricablemente relacionada con la identidad nacional. Creo que no resulta difícil demostrar que el éxito del sistema de clasificación racial dominicano, basado en la centralidad del término “indio” y, como muy bien arguye Simmons, en el “enterramiento” (*burying*) de su pasado africano, se origina en la contraposición que a lo largo del tiempo fue surgiendo con Haití. En tal construcción discursiva, República Dominicana y Haití se presentan como entidades nacionales totalmente opuestas, tanto en lo que se refiere a la lengua como a la religión, al origen histórico y, por supuesto, a la identidad étnica y racial. Por lo tanto, el lenguaje racial es también una forma—velada, si se quiere—de evadir a Haití. Esto se debe a que en República Dominicana la identidad nacional se ha erigido en buena medida a base de criterios negativos: se es dominicano en la medida en que *no* se es haitiano. Tal criterio ha prevalecido incluso en el nombre del país, el cual surgió, luego de un tortuoso proceso histórico, con la expresa intención de demarcarse categóricamente del país vecino.⁵ Las clasificaciones raciales que se han empleado en República Dominicana han jugado un papel similar al del nombre del país: el propósito de distinguir lo propio de lo ajeno. Y tal ejercicio implica distinguirse de lo haitiano. Pese a ello, en el libro reseñado no se le brinda la importancia debida a esta cuestión. No quiero decir con ello, por supuesto, que la autora no sea consciente de la importancia que tiene Haití, como contrafigura, en el imaginario identitario dominicano. Pero sí considero que, dada la estrecha relación entre las cuestiones nacional y racial en República Dominicana, el “tema haitiano”—para llamarlo de alguna forma—ameritaba una consideración mayor en esta obra.

Hay algunos reparos menores que podría mencionar, como el hecho, precisamente, de que la autora no aprovechara al máximo la amplia

⁵ Pedro L. San Miguel, “La importancia de llamarse República Dominicana”, en José Carlos Chiaramonte, Carlos Marichal y Aimer Granados (compiladores), *Crear la nación: Los nombres de los países de América Latina* (Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2008), 303-319.

literatura existente en República Dominicana acerca de Haití.⁶ Asimismo, en varias partes de su obra la autora recurre al sancocho—que el diccionario define como un cocido compuesto “de carne, yuca, plátano y otros ingredientes”—como metáfora de la identidad dominicana, aludiendo a la diversidad y a las mezclas que la han constituido. Tal metáfora la toma la autora de Nelly Rosario, una escritora de origen dominicano residente en Estados Unidos. No obstante, los lectores más enterados podrán reconocer en esa metáfora una genealogía más antigua ya que remite a un famoso texto del cubano Fernando Ortiz, quien escribió un breve y succulento ensayo—“Los factores humanos de la cubanidad” (1939)—en el que recurrió a la imagen del ajiaco—equivalente cubano del sancocho dominicano—para explicar la identidad nacional. Así que alguna comparación con el argumento culinario del maestro Ortiz hubiera condimentado mejor el argumento de Simmons, brindándole una dimensión comparativa más amplia, así como una perspectiva cultural de mayor envergadura. Asimismo, el planteamiento de Simmons—que se basa en la idea de que la identidad dominicana está fundada en una suerte de impostura, de pretender ser lo que no es—tiene un antecedente de gran importancia: el escritor haitiano Jean Price-Mars, quien alegaba que los dominicanos padecían de un “bovarismo colectivo” debido a la negación de su componente negro.⁷ Pese a ello, no hay en el libro de Simmons ninguna alusión a la obra de este magno pensador haitiano.

En suma, *Reconstructing Racial Identity and the African Past in the Dominican Republic* aborda un tema mayúsculo y propone una tesis audaz. Yo me encontraría muy complacido si se hubiera efectuado ese cambio en las percepciones étnico-raciales y, por ende, nacionales que propone la autora. Ciertamente, la obra habrá de suscitar alguna discusión acerca de las repercusiones de la emigración dominicana a Estados Unidos, especialmente en torno a las percepciones sobre la identidad. Pero las repercu-

⁶ Orlando Inoa, *Bibliografía haitiana en la República Dominicana* (Río Piedras: Serie Bibliográfica *Op. Cit.*, Centro de Investigaciones Históricas de la Universidad de Puerto Rico, 1994).

⁷ Jean Price-Mars, *La República de Haití y la República Dominicana: Diversos aspectos de un problema histórico, geográfico y etnológico* [1953], trad. de Martín Aldao y José Luis Muñoz Aspíri, 3ª ed. facsimilar (Santo Domingo: Sociedad Dominicana de Bibliófilos, 1995).

siones de este libro se verán lastradas por unas metodologías y unas demostraciones inadecuadas e insuficientes. Por ello, pese a lo mucho que desearía coincidir con la autora, en este momento sólo puedo concluir que la tesis de que ha ocurrido tal transformación en las percepciones raciales en República Dominicana resulta—¡ay!—harto cuestionable.